

para mejor fundamentar lo que quizá no podría explicarse a partir sólo de las obras. Sería fuera del teatro donde podríamos encontrar las claves sociales y políticas de la época, y, por tanto, la perspectiva desde la que valorar la finalidad última de ese teatro en su estrecha relación con la sociedad.

Sin discutir en unas líneas la sólida argumentación de Díez Borque, uno siente, sin embargo, que algunas de sus conclusiones están enunciadas de un modo demasiado tajante. Quizá porque resulte difícil determinar rotundamente si los conflictos eran siempre tomados por el espectador como una excepción que confirmaba el sistema o como una prueba de que éste se cuartaba, y ello con independencia de la intención de los autores. ¿Quién se atrevería, por actualizar el dilema, a afirmar que la "expulsión" de Nixon ha reafirmado, por su ejemplaridad, al actual sistema político norteamericano? En Estados Unidos y en otros muchos lugares no faltan quienes sostienen esta tesis. Pero, al margen de que fuera ésa la intención de quienes acusaron a Nixon, cabría también pensar que la "existencia de Watergate" es una prueba de que el sistema no funciona y de que otros Watergates pueden haber quedado sin desvelar.

Volviendo a nuestro Teatro Barroco —en especial, dentro de su diversidad, a los textos más conflictivos—, cabría también preguntarse hasta qué punto su distinta interpretación política no se deriva, en gran parte, de la perspectiva y del pensamiento de quien lo analiza. Y, por extensión, de la circunstancia en que se representa y de la subsiguiente —y lícita— posibilidad de interpretar su ambigüedad en el sentido que esa variante circunstancia social imponga. ¿Cómo no saber hoy que la censura puede obligar a una dramaturgia a decir lo contrario de lo que se quiere dar a entender y el público contemporáneo entiende?

Esto dicho, debemos señalar que el trabajo de Díez Borque está pormenorizado y busca siempre una sustentación objetiva, cargada de citas, que permita llegar a conclusiones científicas. Conclusiones que no sólo alcanzarían a condenar la función política del Teatro Barroco, sino la que en muchas otras épocas ha ejercido a través de textos "críticos" que habrían servido, sin embargo, para "compensar" los desajustes reales y probar que en el sistema establecido el "malo" es castigado. ■ JOSE MONLEON.



Rafael Alberti.

El destierro y la espera

Treinta y ocho años se cumplieron el día 6 de marzo de la salida de Rafael Alberti de España. Toda una vida treinta y ocho años. Tantos como tenía García Lorca cuando murió... Alberti ha sabido cubrir y justificar esa su segunda vida del "destierro y la espera" llenándola de versos, que es la mejor ocupación para un poeta.

Ahora, Espasa Calpe publica en Selecciones Austral una antología de toda esa vida poética, con selección y prólogo de José Corredor-Matheos. Para Corredor, la poesía de Alberti evoca siempre un paisaje y en ella aparecen mezclados los recordados paisajes de España y los descubiertos paisajes de su peregrinación en el destierro: de Cádiz a Roma. Y el agua desde el mar gaditano, al Atlántico americano, al río Paraná o las mismas fuentes romanas. Todo ello aparece en esta antología y mucho más, porque son dieciséis los libros poéticos publicados. No está de más, por supuesto, dar su lista completa; sobre todo si pensamos que sólo dos de ellos fueron, en principio, editados en tierra española. Y éstos son los nombres de la segunda vida lírica del gaditano Rafael Alberti: "Vida bilingüe de un refugiado español en Francia" (1942), "Pleamar" (1944), "A la pintura" (1948), "Coplas de Juan Panadero" (1949), "Retornos de lo vivo lejano" (1952), "Ora marítima, seguida de baladas y canciones del Paraná" (1953), "Baladas y canciones del Paraná" (1954), "Sonre China" (1958), "Poesías completas" (1961), "Abierto a todas horas" (1964), "El poeta en la calle" (1966), "Roma, peligro para caminantes" (1968), "Los ocho nombres

de Picasso y no digo más de lo que digo" (1970), "Poesía 1924-1967" (1972), "Canciones del Alto Valle del Aniens" (1972), "Desprecio y maravilla" (1972). Vida, pues, bien cumplida la de este poeta fuera de su ámbito y que nos ha dado testimonio de ello junto al recuerdo de lo que aquí dejó, empezando por aquella gran Andalucía de que hablaba Juan Ramón y que iba en su auxilio (el de Alberti) "con olas de todos colores y olores, arrastradoras de mezcladas vidas de los tres reinos" (que, por cierto, son cuatro). ■ V. M. R.

La mujer

Este libro del teólogo francés J. M. Aubert (1) es un estudio imparcial de las implicaciones histórico-culturales entre antifeminismo y cristianismo.

Su obra es sincera porque reconoce la situación discriminada en que la Iglesia ha mantenido siempre a la mujer hasta Pío XII, el primer Pontífice de la Iglesia que supo comprender el papel positivo y libre de la mujer en la sociedad; aunque yo no sé muy bien —a pesar de lo que dice Aubert— si el planteamiento de este Papa fue completamente objetivo o estuvo influido indirectamente por el oportunismo político. El Papa Pacelli habló muy favorablemente del voto político de la mujer, pero no tanto de su libertad profesional y de su libertad familiar. Quizá porque hace veinticinco años la mujer —más afecta a la Iglesia que el varón— podía suponer un refuerzo político para la Iglesia, para continuar con su dominio sobre la sociedad.

Juan XXIII fue mucho más claro en su encíclica Paz en la

(1) J. M. Aubert. La mujer. Ed. Herder, Barcelona, 1976.

Tierra, con la definitiva aceptación de la Declaración universal de los Derechos Humanos y la superación de todas las discriminaciones, y por tanto, la de la mujer.

De este fluido y documentado libro, bien traducido, se desprende que la actitud del cristianismo histórico, y de la Iglesia en particular, respecto a la mujer ha dependido mucho más de la cultura ambiente que de los principios bíblicos primitivos: el del segundo relato del Libro del Génesis en el Antiguo Testamento, donde la mujer está al mismo nivel que el varón, y el de Jesús en los Evangelios, que se separa de la actitud judía de la época en muchos detalles. Los demás libros de la Biblia mantienen, en cambio, una actitud mucho más discriminatoria. No hay nada más que leer al misógino San Pablo: su postura es ambigua, y el libro de Aubert lo deja ver claramente. Es interesante saber que el texto más antifeminista del Apóstol de las gentes (I Cor XIV, 34-35) es una interpolación posterior, para reforzar todavía más los pasajes de sus Cartas poco favorables a la mujer.

Por sus páginas surgen las reacciones antifeministas de Tertuliano, el escritor eclesiástico que decía que la mujer es "la puerta del diablo", compensadas por la mayor comprensión práctica de San Jerónimo, que promovió culturalmente a sus discípulas. Sin embargo, el balance de los grandes escritores cristianos del principio del cristianismo es francamente negativo, y en ocasiones, increíble.

Todo esto pesó decisivamente en la historia cristiana, y no sólo esto, sino también el concepto unilateral del matrimonio como una fábrica de producir hijos, aunque este planteamiento "conejista" de la unión sexual no se puede encontrar ni siquiera en San Pablo, quien sólo habla del amor de la pareja, pero no se centra en la fecundidad ni en el afán preferentemente procreador.

Así llegó a vivir la mujer cristiana de estos veinte siglos cristianos dos aspectos deformantes en su vida sexual: la maternidad como el únicamente físico, y el placer como "una especie de pecado permitido". No se aceptaba una maternidad más elevada y humana, ni tampoco el gozo espontáneo del placer sexual sin más miras desencarnadas.

En el interior de la Iglesia el final de la historia moderna es